

MODERNIDAD Y TEMPORALIDAD EN LUIS ABAD CARRETERO, REPUBLICANO Y MASÓN¹

Ricardo TEJADA
(Université du Maine, Labo3Lam, Le Mans)

¿En qué medida se es heterodoxo? ¿De qué forma se es otro, al margen de la *doxa* ambiente? Pero, ¿de qué *doxa* hablamos? ¿De la de una época, de la de un país o de la de un grupo humano definido? Estas preguntas me he ido haciendo antes de elaborar este trabajo. La heterodoxia es un término que se emplea mucho más en España que en Francia, no en vano debemos a Menéndez Pelayo el darnos el catálogo de los múltiples desvíos con respecto al dogma católico, muchos de los cuales, por cierto, terminaron en el exilio, como José

¹ Debo agradecer a numerosas entidades y bibliotecas que me han ayudado en mis pesquisas en torno a la obra de Luis Abad Carretero. Mencionaré, en España, el Instituto de Estudios Almerienses, la Residencia de Estudiantes, la Asociación Manuel Azaña, el Ateneo de Madrid y el historiador ceutí Francisco Sánchez Montoya; en Francia, la Bibliothèque Nationale de France; y en México, la Biblioteca del Ateneo republicano español, el archivo de la editorial Fondo de Cultura Económica y el de la Facultad de Letras de la UNAM, aunque seguramente me dejó alguna institución en el tintero.

Blanco White. ¿No es, al fin y al cabo, todo exilio una heterodoxia respecto al país que le expulsa a uno? ¿Cabe ser heterodoxo respecto a una heterodoxia? ¿Quién impone lo que está fuera de la *doxa*, la cual, muchas veces, impone el *canon* imperante? Aranguren, recordemos, caracterizó el pensamiento de María Zambrano como de un orteguismo heterodoxo; sin embargo, qué insuficiente y revelador era tal planteamiento, aun con todas las buenas intenciones que tuviese, dado que, expedito el camino de los disidentes políticos, a raíz del desmoché del 39, Laín Entralgo, Julián Marías, el mismo Aranguren, Ridruejo a su manera, y otros más, no hicieron otra cosa que luchar contra los que acusaban a Ortega de anticatólico con el fin de vencerlos y de señorear en el orteguismo oficial. De “orto” viene “ortopedia” y de todos es sabido que al bueno de Ortega le sometieron, en cierta medida, a una ortopedia (tal vez se dejó) que si bien podía ser necesaria, teniendo en cuenta las dolencias del cuerpo lastimado orteguiano y los cambios históricos, no dejaba de ser alicorta y sometía al pensamiento del autor de *Meditaciones del Quijote* al rasero del sentido común, algo en lo que el alma cándida que fue Marías fue con creces la campeona de entre todos ellos, sin el menor género de dudas. Los intelectuales que se fueron colocando en la disidencia política, aquellos que dieron la espalda a Ortega y a todo lo que representase, (pienso en Luis Martín-Santos y en Juan Goytisolo, por poner dos ejemplos clave) no se confundieron al poner en el mismo saco a aquel y a lo que representaba con todo lo que veían de “liberalismo” bienpensante, acomodaticio, “integrador”, apolítico y por lo tanto antiliberal en el fondo, en la cara amable del franquismo. Pero se equivocaban al pensar que todo el orteguismo era sólo eso. En realidad, el orteguismo estaba volando, emigrando, y por lo tanto metamorfoseándose, haciéndose *otro*, difundiendo esporas por todas las latitudes, en la sensibilidad aguda en torno a las rebañaduras del pasado, de la novelista Rosa Chacel, allá en Río de Janeiro, —por cierto, que me perdone ella— tan crédula con respecto a su amigo Marías, en la filosofía de la filosofía de José Gaos, en el México priista, en el Caribe y, más tarde, en Italia, en la razón poética de María Zambrano, rompiendo límites metafísicos que se había autoimpuesto Ortega; en fin, estaba también en el Buenos Aires convulso y fértil de los años cuarenta, donde Francisco Ayala se replanteaba la lógica binaria de las masas y las élites, en una visión global de la sociología y de la historia de la

humanidad. Ortega fue, más tarde, criticado por Eduardo Nicol y estuvo apenas presente en los pensadores catalanes del exilio salvo en Ferrater Mora. De entre los vascos ni Imaz ni Larrea le hicieron nunca mucho caso, exceptuando a Paulino Garagorri, en el interior.

Pero Ortega, contra viento y marea, era respetado por un Arturo Barea, socialista y novelista, salvado *in extremis* por Araquistáin, antiguo contrincante suyo, y leído y admirado por no pocos libertarios que dedicaron algunos números monográficos a su figura cuando falleció en 1955. La sombra de Ortega era larga, rompía moldes, y no forzosamente era interpretada con anteojeras exclusivamente ideológicas o políticas.

Es hora ya de hablar de un orteguiano muy peculiar que leyó a su maestro con mayor osadía, rigor, testarudez y originalidad que bastantes de sus émulos “ortodoxos”. Se llama Luis Abad Carretero (Almería, 1895 - Gádor, Almería, 1971) y lo descubrí, al leer la reseña que dedicó —una de las pocas que hubo en aquel entonces— a la obra maestra de María Zambrano, *El hombre y lo divino* en una revista señalada del exilio republicano.² Comencé a indagar sobre su vida y obra de las que prácticamente nadie sabía absolutamente nada y terminé leyendo una buena parte de sus libros, consultados o comprados en los lugares más inverosímiles, así como los artículos que escribió para los *Cuadernos Americanos*, los “Cuadernos larreanos”, como con mala leche Bergamín los denominó en una carta a Pedro Salinas. Por cierto, cuando Abad llegó a México, a fines de 1952, pensó —y seguramente deseó— encontrarse con Larrea, pero, ya se había instalado en Nueva York desde 1948 (Fernández de la Sota 2014, 301).³

Es difícil explicar por qué la obra de Luis Abad Carretero ha permanecido durante tanto tiempo en el olvido más persistente. Al fin y al cabo, sus primeros libros durante el exilio fueron publicados en México en editoriales de prestigio como Fondo de Cultura Económica

² Por cierto, en el libro destacable de Olga Glondys, *La guerra fría cultural y el exilio republicano español*, no se hace mención a esta reseña.

³ Sobre Juan Larrea, Abad escribió un largo artículo bastante ecuánime en *Cuadernos Americanos* (1957b). Desconocemos si Larrea y Abad se conocieron antes de la Guerra Civil en Madrid. Tampoco sabemos si hubo una relación epistolar entre ambos.

o el Colegio de México. No creo que ello sea atribuible, única y exclusivamente, al hecho de haber vivido en el exilio, durante largo tiempo. Las obras de otros filósofos exiliados republicanos, como María Zambrano o, incluso, José Gaos y Eduardo Nicol, han tenido una difusión mucho mayor que la suya, no sólo en América sino en España. Tal vez su peculiar itinerario vital, durante el exilio, tenga algo que ver: primero reside en la Argelia francesa, luego en la Francia metropolitana y, después, en México. Estas dos primeras estancias le hicieron perder seguramente el contacto con otros colegas y, en general, con el ambiente filosófico español del exilio. En su etapa francesa no pudo estrechar lazos con ningún círculo del exilio relacionado con su disciplina, ni se integró en la Universidad francesa. Cuando llegó a México, ya en 1952, trabó relación con Gaos y Zea, pero seguramente era ya demasiado tarde como para afianzar verdaderamente los vínculos. Como él mismo lo dijo en su artículo “Mi adiós a la pintura”: “Yo no tuve la suerte de venir a México en 1939” (Abad Carretero 1957a, 180). Por último, su vuelta a España, y en particular a su tierra natal, Almería, antes de la muerte de Franco, pudo poner en suspenso lo que, con gran esfuerzo, había empezado a construir en México. No se conoce tampoco ninguna reedición de sus libros en España hasta la edición facsimilar de *Niñez y filosofía*, en 1998, pero ésta se realiza con una difusión limitada y restringida, prácticamente, a la provincia almeriense. Creo que hay otros factores, esta vez inherentes a su propia obra filosófica, que pueden explicar este olvido y que, al estar relacionados con lo que yo entiendo que es su verdadera “heterodoxia”, si tal la hubiera, los dejaré para más tarde. En definitiva, muchas trabas, subjetivas y objetivas, para una recepción adecuada y un olvido espeso que sorprende hoy en día, dada la calidad y ambición de su obra.

Luis Abad Carretero nace en Almería en 1895. Su padre—republicano “a macha martillo”, según el hijo— le leía de niño el *Heraldo de Madrid* (Abad Carretero 1957a, 28-29). Su abuelo había sido diputado republicano por Almería, durante la I República. Es el único hijo que charla y discute con su padre de cuestiones políticas y culturales; es el único que comparte lecturas con él. Será el único hermano que parta al exilio. De su infancia le marcan los viajes en tren que hacía su familia al pueblo almeriense de su madre y esa extraña sensación de que los arrieros y los borricos que se orillaban a

las vías del tren eran muy pequeños, como liliputienses, cuando se alejaban de ellos, pero que recobraban su tamaño normal en el momento de bajarse al andén. En 1906, se matricula en la Escuela de Artes y Oficios (Abad Carretero 1957, 35). Es el inicio de su segunda vocación, la pintura, un oficio que le acompañará desde la Argelia francesa, en que empieza a exponer en galerías, de manera profesional, hasta México (Abad Carretero 1957, 180-181). Cuando a los catorce años se ponga a pintar un cuadro, representará con sumo detalle árboles y casas, lejanas y pequeñas. De esta forma, logró reunir “plásticamente las dos realidades que años atrás” había entrevisto (Abad Carretero 1957, 22-24).

Los recuerdos ligados al tren en Abad son interesantes puesto que, retrospectivamente, nos hacen pensar en su vida itinerante de exiliado. Es el caso de ese túnel que había justo después de la estación del pueblo de su madre, en Gádor (Almería), y de cuya negrura se quedaba beodo pues imaginaba cómo después de ese túnel se encontraba Granada y luego Madrid y luego París y así sucesivamente. Estamos ante la aprehensión intuitiva de la infinitud del mundo. Otro recuerdo se refiere a la estabilidad de las personas que, sentadas o de pie, iban en un tren que a él, de niño, a comienzos del siglo XX, le parecía de una gran inestabilidad. “Con el tiempo —dijo más tarde Abad— habría de ver que los hombres de nuestro siglo estamos obligados a vivir sobre un segundo piso rodante” (Abad Carretero 1957, 25).

La infancia ocupa un lugar primordial en la vida y obra de Abad. En primer lugar, porque él consideraba que si “vivimos necesariamente en instantes, el alma del niño vive más aún en ellos que el hombre” (Abad Carretero 1957, 19). Esto es central en él porque, como veremos pronto, el instante es el arquitrabe de su metafísica. Pero además, para él la niñez es la etapa interrogadora por antonomasia, mientras que la inteligencia adulta “es más bien respondedora”. La riqueza es mayor en la primera etapa humana que en la segunda. Por último, hay que señalar que Abad fue becario —pensionario, como se decía entonces— de la JAE en 1933-1934 y que amplió estudios en Suiza en Psicología, interesándose por la obra de Adler y de Piaget que le confirmaron en la importancia de la infancia en el desarrollo ulterior